

miento de tus hermanos; el que supo mantenerse firme sin apostasías ni claudicaciones ante amenazas y ofertas inmorales; el que por medio de una bondad sin límites y un altruismo elevado, trabajaste desinteresadamente por hacer comprender a los hombres que debían amarse como hermanos, y que por lo tanto las guerras nunca tenían razón de ser; el que siempre con sanos consejos indicaste al obrero abandonara los centros de corrupción donde masturba su cerebro; el que has dejado, en fin, un arsenal de sana lectura, que dignifica y moraliza, ¿por qué no he de honrarte si honrándote me honro?

Nunca fui idólatra; mas imitemos al apóstol de acracia.

Sinatago

Játiva 14-1-15.

Los hombres únicos

No te contentes con alabar a las gentes de bien: imítalas.

ISÓCRATES

Solamente los seres privilegiados por la naturaleza, nada más que aquellos a quienes nuestra madre común prodigó sus dones, es dado alcanzar las, para los otros, inaccesibles cumbres, y desde allí brillar por sí mismos, convertidos en ingentes astros de luz esplendorosa, vivificadora, de los planetas que en torno suyo desarrollan su órbita de acción.

No basta querer, aunque gran cosa es la voluntad; es preciso tener en sí propio los elementos principales necesarios para triunfar, elementos ingénitos sin los cuales los mayores esfuerzos, las más firmes voluntades se estrellan en la impotencia.

Una inteligencia ubérrima puesta al servicio de un espíritu indolente, abúlico, será una inteligencia infecunda; como infecundo o de efímeros frutos será un espíritu activo, emprendedor, servido por una inteligencia obtusa o menguada.

Hay más que la inteligencia y la actividad. Ha de cooperar en ellas el temperamento. Sin un temperamento firme, bien templado, a los primeros embates de la adversidad, la actividad inteligente irá cediendo terreno a la pasividad, a la inacción, hasta llegar al embrutecimiento intelectual y a la atrofia volitiva.

Son, pues, imprescindibles esos tres atributos para poder avanzar, mientras en el ser aliente la vida, por el camino que el mismo se ha trazado. Ese camino puede ser bueno o malo, verdadero o equívoco; y aquí del discernimiento del hombre para elegir el que ha de emprender, según sus miras sean elevadas y sus sentimientos humanitarios, y de ellos el que merezca la veneración y respeto de los pueblos, o, de lo contrario, se haga acreedor a su aborrecimiento y desprecio.

Así, el hombre cuya memoria aquí honramos, el venerable Anselmo Lorenzo, en cuya persona coincidieron los elementales medios para superar a la mayoría de sus semejantes, merece por parte de todos en general la consideración y el reconocimiento por su altruista proceder, y por parte de los que profesamos las mismas ideas y experimentamos iguales sentimientos que los suyos—no creemos ídolos—nuestra racional admiración por su vasta inteligencia, su gran actividad y su indomable fortaleza de carácter, y nuestro profundo aprecio e indeleble recuerdo por haber puesto todas sus inapreciables cuali-

dades en pro de una causa justa, noble y humana como ninguna: la causa anarquista.

Hombres como éste, que la inevitable muerte ha separado de nosotros, dejan en el campo de la idea en que militan, un vacío tan grande, que difícil, por no decir imposible, puede llenarse.

Nuestro solo homenaje, nuestro mejor tributo a su memoria, debe consistir en el firme propósito de difundir su obra óptima e inmensa y en su constante recuerdo para que nos sirva de estímulo en nuestra vida la suya ejemplar de actividad perseverante e inquebrantable, de temperamento inabitable e irreductible, tenaz como un niño, fuerte como un roble, con la tenacidad del que anhela una cosa y con la fortaleza del que está plenamente convencido de su bondad y eficacia. Casta de seres resignados hasta el sacrificio, impertérritos ante el martirio; los únicos que sólo la muerte es capaz de hacer parar en su marcha ascendente y victoriosa hacia las sublimidades del ideal; los únicos en quienes la idea es realidad, mientras en ellos haya el menor hábito de existencia.

Procuremos los que carecemos de su preclara inteligencia esforzarnos en poner a colaboración, para la prosperidad de nuestro caro ideal, toda nuestra actividad en cuanto esté en nosotros, procurando fortalecer nuestro espíritu, sin cuya fortaleza toda empresa es vana, deleznable, perecedera.

Otros compañeros podrán hablar de nuestro querido Anselmo Lorenzo narrando casos anecdóticos de su larga y agitada vida, haciendo el panegírico de las buenas cualidades particulares que tuviera, encomiando su vasta, sabia y fecunda labor. Yo solamente puedo citar el recuerdo de la sorpresa que me produjo el ver en una fotografía de un grupo, en un periódico, señalada la figura endeble y fatigosa de un anciano, como la del firmante de aquellos sus artículos vigorosos, fuertes, juvenilmente entusiastas que yo leía en TIERRA Y LIBERTAD. Yo no puedo decir más de ese venerable maestro, que al contemplar en varias conferencias públicas su valetudinaria ancianidad, al observar su mirada y ademanes bondadosos, al oír su voz afable y cariñosa, sus palabras nobles y sinceras, sus enseñanzas y consejos justos y persuasivos, sentía afirmarse y acrecentarse en mí el convencimiento en la bondad inmensa del ideal y me parecía más próxima su realización entre los hombres.

J. Bos

Barcelona enero 1915.

Anselmo Lorenzo

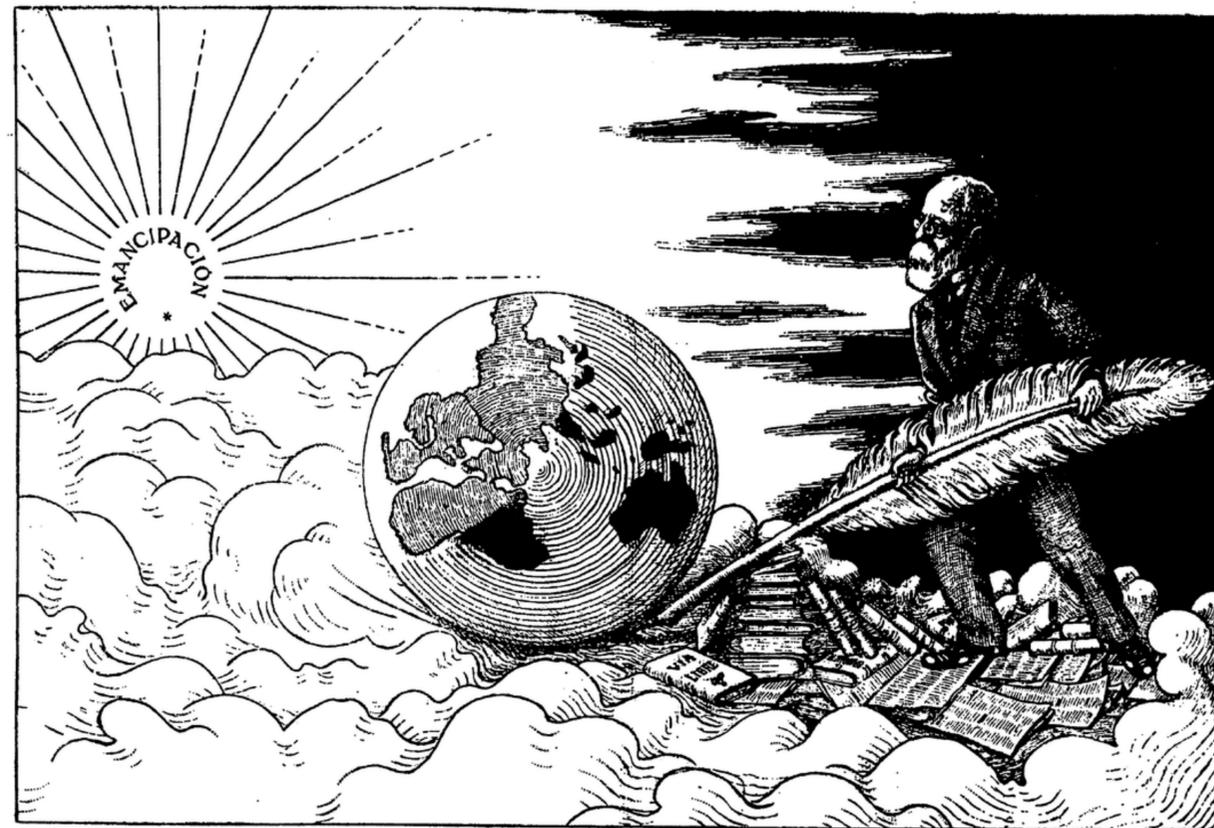
Las musas de la rima proletaria
Flébiles cantan, desde el triste día,
En que el ciclope fiel de la Anarquía
Desplomóse en la urna cineraria.

Perdió el pueblo irredento, perdió el paria
Otro que con amor le defendía
Sin tregua de la odiosa tiranía
Tremolando la enseña libertaria.

Ya cayó el paladín, el que sereno,
Con alma noble no cejó un instante;
La Madre Tierra le estrechó en su seno.
Ha muerto el sabio que creó, brillante,
Glorioso un mundo de enseñanzas lleno
En «EL PROLETARIADO MILITANTE».

Francisco Simón

Ybor City, Fla.



La obra magna de Lorenzo

Anselmo Lorenzo

Querido amigo Esteve: Con esta demanda—la colaboración a la *Revista Obrera*—, te envío la expresión del más profundo afecto. Te recuerdo siempre como uno de mis mejores amigos, de quien, desgraciadamente, me veo apartado para siempre. Acoge bien la iniciativa que motiva la presente. Habla a tu compañera y a tus hijos de este viejo que a los setenta y dos años inicia la publicación de una revista emancipadora.

ANSELMO LORENZO

¿Quién podía suponer que el que escribía estas líneas, llenas de ardor juvenil, moriría pocos días después de haberlas escrito? La noticia de su fallecimiento dejome estático. Lo sabía viejo de años y achacoso de cuerpo; más leyendo sus escritos, saboreando sus cartas, no podía representármelo anciano. Lo veía siempre como lo dejé hace veintidós años, lleno de vida, fuerte, sano, robusto, viviendo gozoso exclusivamente para el ideal, sus hijos y la compañera que con él compartía alegrías y sinsabores, desilusiones y esperanzas. Y esperaba todavía volverlo a ver, no ya para darle manotazos en la espalda y oírme llamar loco, sino para recordarnos mutuamente aquellos buenos tiempos que soñábamos juntos, siendo yo un mozo y él ya un hombre maduro, sueños que casi siempre lográbamos realizar. Yo proponía y él cumplimentaba. Jamás puso un pero a mis audacias. Era todavía más optimista que yo.

—Debiéramos dar a luz una revista sociológica... y *Acracia*, la primera en su género, no se hizo esperar.

—¿Por qué no intentar la publicación de un diario anarquista? No tardó en aparecer *El Productor*, que pasó luego a semanal, y fué tal vez el mejor periódico publicado en España.

—Habría que escribir un folleto, ora contra la política, bien

contra el capitalismo, ya exponiendo nuestros principios... Las cuartillas, repletas de su menuda letra, éranme prontamente entregadas.

¡Cuánto tiene escrito en esta forma! ¡Lástima que en mis correrías por el mundo se me hayan extraviado todas las colecciones de folletos y periódicos, y no pueda reproducir ninguno de sus artículos, ni citar el título de sus folletos! Con cuanto gusto desempolvaría alguna de sus joyas sociólogo-literarias, tales como el transcendental manifiesto que redactó en nombre de la Federación Barcelonesa de sociedades obreras, o alguno de sus aplaudidísimos escritos para las veladas conmemorativas que con tan buen éxito celebrábamos, en las que nunca faltó su cooperación.

Ha sido el prototipo del anarquista español. Obrero manual, elevóse intelectualmente por su propio esfuerzo, que jamás busca salir de la esfera del campo trabajador. En el movimiento anarquista en España los hombres de carrera han pasado como relámpagos fugaces; la antorcha del ideal estuvo siempre en manos de trabajadores como Lorenzo. Comenzó a propagar la anarquía que era un jovencuelo y sólo la muerte ha podido impedir que siguiera impertérrito su obra. Escribió mucho, muchísimo para las publicaciones obreras; poco, poquísimo en las burguesas. Sólo en casos excepcionales a ellas se dirigía para poner los puntos sobre las íes en alguna candente cuestión. Por igual motivo, alguna que otra vez peroró en los Ateneos de los sabihondos; pero su lugar preferido, el buscado, era el de los salones de las sociedades de oficio, de los círculos de trabajadores, donde dábamos conferencias y veladas los anarquistas. Y no dejó nunca de trabajar, como cajista primero, luego como corrector de pruebas, más tarde como traductor; murió, puede decirse, trabajando, y, como él mismo me decía, a los 72 años aun iniciaba la publicación de una revista emancipadora.

A pesar de no ser, al menos al rayar en los cincuenta, lo que en lenguaje burgués se llama agitador, ni organizador siquiera, no contando con más armas que la pluma ni más pertrechos de guerra que su cerebro; a pesar de no tomar parte activa en las agitaciones populares, la burguesía se cebó en él encerrán-